

10: LA RENDICION DE WALKER EN RIVAS

El Sarapiquí — El Castillo — San Carlos — Los vapores del Río y del Lago — Walker Rodeado — El Sitio de Rivas — Se Lucha Cuerpo a Cuerpo — Los Refuerzos en Punta Arenas y en Rivas — La Rendición — Las Cláusulas de la Capitulación — Noble Conducta del Capitán Fayssoux.

El general Henningsen y sus tropas rescatadas de Granada llegaron por vapor a San Jorge el 15 de Noviembre* e inmediatamente el general Walker marchó sobre Rivas. El enemigo huyó a la primera noticia de que Walker se aproximaba y éste ocupó Rivas sin encontrar resistencia.

La situación se tornaba cada vez más amenazante en el Sarapiquí y en los ríos San Carlos y San Juan, desde el fuerte de San Carlos hasta San Juan del Norte y el mar. El capitán Thompson se dejó sorprender y capturar en la desembocadura del Sarapiquí por una fuerza costarricense al mando de un sujeto llamado Spencer; el capitán Kruger, comandante del Fuerte San Carlos, se rindió al enemigo; cayó el Fuerte de El Castillo y los costarricenses se apoderaron de todos los vapores lacustres y fluviales, excepto el *San Carlos*, el vapor más grande del lago. Debido a las difíciles comunicaciones a través del lago, el general Walker desconocía que habían ocurrido todas esas desgracias, y al llegar los viajeros de San Francisco se les puso a bordo del *San Carlos* para cruzar el lago en dirección al San Juan, ignorando los peligros a que se expondrían tanto la nave como sus pasajeros. El enemigo se apoderó del vapor *San Carlos* al hacer escala en el Fuerte San Carlos, completando en esa forma su dominio indiscutible de la vía fluvial y lacustre.

En esos momentos críticos, el coronel Lockridge llegó a San Juan del Norte al frente de 200 ó 300 hombres, sólo para encontrarse con que era imposible seguir adelante. Acampadas en Punta Arenas, las tropas de Lockridge estuvieron expuestas a múltiples e irritantes vejaciones de parte de la oficialidad naval británica, por lo que se vieron obligadas a trasladarse a otro lugar. El general Robert Wheat, quien se había cubierto de gloria y de fama en la guerra con México, no pudo soportar los insultos

* Fue en Diciembre.

a su persona y desafió al capitán Cockburn del barco *Cossack* de Su Majestad, pero éste se negó a batirse.

Aun cuando todos los vapores y otras embarcaciones del lago se encontraban en poder del enemigo, se juzgó factible que los refuerzos capturaran el Fuerte San Carlos y cruzaran de algún modo el lago para unirse a Walker antes de que lo abatieran en Rivas. Eso se pudo haber logrado, de no ser por un fatal error del coronel Titus, tipo fanfarrón, originario de Kansas en donde adquirió cierta notoriedad luchando en la frontera, y de Kansas llegó a Punta Arenas con algunos aventureros. Era evidente que, para cruzar el lago en ayuda de Walker, primero debía de recuperarse el Fuerte San Carlos y debía de limpiarse de enemigos el río San Juan. Tanto el coronel Lockridge como el coronel Anderson consideraban que, una vez en posesión del fuerte y del río, estarían en capacidad de capturar también uno de los vapores del lago para en él dirigirse adonde Walker.

El coronel Titus insistió en que se le diera el mando de la expedición, lo cual se le concedió a regañadientes. Al llegar Titus con sus fuerzas a El Castillo, exigió pomposamente la rendición; y cuando el enemigo le solicitó un plazo de veinticuatro horas para darle a conocer su respuesta, se lo concedió pomposamente. Los costarricenses aprovecharon ese lapso de tiempo para reforzar la guarnición con varios centenares de hombres y al final Titus salió derrotado, sufriendo bajas considerables. De atacar la fortaleza tan pronto la tuvo a la vista, la habría tomado sin encontrar mayor resistencia.

Los dos vaporcitos del río carecían ya de utilidad práctica para los americanos, pues sería inútil intentar un nuevo ataque a El Castillo con su guarnición reforzada. Los americanos abandonaron toda esperanza de llegar donde Walker y regresaron a San Juan del Norte, dejando en posesión del río a los costarricenses. Al bajar por el río hacia San Juan, explotó accidentalmente la caldera del vapor *Scott* ocasionando la muerte de algunos americanos. En San Juan del Norte recibieron la noticia de la rendición de Walker, por lo que retornaron a los Estados Unidos. Si estos refuerzos al mando de Anderson y Lockridge, armados con rifles de largo alcance, hubieran logrado unirse a Walker en Rivas, es posible que éste nunca se rindiese y que las armas aliadas fuesen las derrotadas en vez de alcanzar la victoria. Antes de la rendición, el coronel Lockridge y unos pocos más lograron, vía Panamá, unirse a los sitiados en Rivas, pero no lograron burlar la vigilancia de las marinas de guerra inglesa y norteamericana para pasar el grueso de los refuerzos.*

* Lockridge no llegó a Rivas; quien llegó fue Titus.¹

El fracaso de esas expediciones disipó para siempre la esperanza que Walker pudiera albergar de recuperar los vapores del río y del lago, y de recibir auxilios de los Estados Unidos a través del San Juan. Todos los vapores lacustres y fluviales estaban en manos enemigas. Lo más que podría esperar eran pequeñas cantidades de pertrechos y gente procedentes de San Francisco. El horizonte se le ensombrecía.

Cercado en Rivas, el general Walker sólo contaba con una salida al mundo exterior: la ruta al océano Pacífico por San Juan del Sur en donde su solitario barco de guerra, el *Granada*, aún ondeaba desafiante en los mástiles la bandera de Nicaragua.

En situación tan desesperada, el general Walker hizo cómputos de sus fuerzas reconcentradas en Rivas el 3 de Enero de 1857. El informe de esa mañana, publicado por el Ayudante General Phil. R. Thompson, mostraba un total de 919 hombres, veinticinco de los cuales pertenecían al Servicio de Municionamiento, quince al cuerpo de Intendencia, veinte a la Administración y doce a la Banda del regimiento. Después de deducir a los enfermos hospitalizados y a sesenta hombres en servicios especiales, la fuerza real disponible para la lucha se reducía a 518 soldados.

Para entonces el general Henningsen había recibido su ascenso a brigadier general, Edward J. Sanders también a brigadier general, y el Ayudante General Thompson a coronel. Tales distinciones no conllevaban garantía alguna de recompensa por parte de un pueblo fuerte y guerrero, pero sí simbolizaban el honor de las armas al igual que si el gran Napoleón en persona les hubiese sonreído bajo el sol de Austerlitz.

En Rivas se prepararon a toda prisa las obras de defensa para resistir la ofensiva aliada que se sabía estaba a punto de desatarse. Sin embargo, no fue sino hasta el 27 de Enero que éstos se presentaron en Obraje, cerca del río Gil González, tres leguas al norte de Rivas.* Iban al mando del general Cañas, recién nombrado Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados.

El coronel O'Neal fue enviado a practicar un reconocimiento, encontrando al general Cañas fuertemente atrincherado, disponiendo de entre 900 y 1,000 hombres. O'Neal sufrió algunas bajas en la escaramuza, contándose entre ellas al capitán Finney. Pernoctó cerca de Obraje y a la mañana siguiente regresó a Rivas. Por la noche el general Henningsen se aproximó con un obús de montaña a las líneas enemigas, logrando constatar que estaban demasiado fuertes para poderlas tomar por asalto.

El general Cañas estaba bien enterado de la desesperada situación de

* Fue el 26 de Enero, de acuerdo a Walker.²

los americanos; pero también conocía y respetaba tanto sus cualidades guerreras, que decidió avanzar con cautela. El 28 de Enero en la noche ocupó San Jorge con un poderoso ejército, levantó barricadas y se atrincheró. El general Walker trató en vano de atraer a los Aliados a campo abierto, por lo que dispuso atacarlos en sus reductos.

Temprano en la mañana siguiente, el general Henningsen lanzó un furioso asalto sobre San Jorge con el Primero y Segundo Batallones de Rifleros y parte de la Infantería al mando del coronel Jacquess, apoyados por un obús de doce libras y otro de seis. Entraron a la población y se entabló un combate a quemarropa. Las defensas eran demasiado fuertes y la ventaja del adversario demasiado grande, por lo que Henningsen fue rechazado sufriendo severas pérdidas de alistados y oficiales.

Enardecidos por esa aparente victoria, fuertes contingentes enemigos salieron en persecución de los americanos, quienes con gran espíritu de lucha se les enfrentaron infligiéndoles tal derrota y carnicería que los Aliados se llenaron de consternación, abandonando más de cien muertos y heridos en los plataneros de los alrededores.*

Las barricadas de San Jorge constituían un constante reto que los americanos no podían pasar por alto y en la tarde de ese mismo día volvieron al ataque, sólo para sufrir considerables bajas. En esa oportunidad, la Infantería del coronel Jacquess logró penetrar dentro de las fortificaciones, donde las balas partían y herían saliendo y silbando por todas las rendijas; el cielo mismo parecía salpicarse de sangre. Bajo esa tempestad de fuego, humo y plomo, los americanos perdieron ochenta hombres entre muertos y heridos, quedando a merced del enemigo aquéllos que cayeron junto a las trincheras. El coronel Jacquess recibió un balazo en los riñones, el capitán Dusenbury una herida mortal y los capitanes Russell y Wilkinson cayeron muertos.

Estos estragos debilitaron las filas del pequeño ejército de Walker. El 30 de Enero al atardecer, el general Walker marchó con 250 hombres a San Juan del Sur para encontrar al vapor *Orizaba* que se esperaba con procedencia de San Francisco. Únicamente cuarenta reclutas desembarcaron para servir en el ejército de Nicaragua.** Aunque inferior a los 300 hombres, la tropa fue considerada por los Aliados como de auténticos matines guerreros y se abstuvieron de presentar batalla; Walker regresó a Rivas el 3 de Febrero sin ser molestado.

* Walker estima, "sin exagerar, por lo menos cincuenta".³

**El *Orizaba* prosiguió su travesía a Panamá y sus pasajeros llegaron a Nueva York en el *Tennessee* el 21 de Febrero; lo que llegaron contando acerca de las tropas de Walker que vieron en San Juan del Sur se puede leer en el Anexo N° 16.

Los clarines sonaron ese día al atardecer y las calles y gentes de Rivas vieron desfilar a doscientos hombres, encabezados por el propio general Walker, rumbo a las trincheras de San Jorge.* Pero ni el *Predestinado de Ojos Grises* en persona podía desviar la lluvia de balas ni contener los torrentes de sangre con que concluyó el asalto. Las pérdidas sufridas por los americanos fueron aterradoras, contándose entre los heridos de muerte al coronel O'Neal y a los tenientes Blackman y Gray. Esa noche, incessantes gemidos poblaron la oscuridad en el campo de batalla.

Durante los meses de Febrero, Marzo y Abril, hasta que llegó el primero de Mayo, los americanos se empeñaron en continuos ataques, pero los esfuerzos sobrehumanos que hicieron para vencer a los Aliados en San Jorge fueron siempre rechazados. Tales fracasos envalentonaron al enemigo que desplegó sus fuerzas en torno a Rivas con el propósito de cercarla y tomarla por asalto. Ese intento le costó muchas vidas entre su oficialidad más selecta, fuera de la pérdida de casi cuatrocientos hombres. Entonces optó por un método más seguro, aunque más lento: el de rendir por hambre a los americanos.

Mientras tanto, el desastre acechaba a la marina nicaragüense en San Juan del Sur, en el océano Pacífico. El 6 de Febrero ancló en el puerto la corbeta norteamericana *St. Mary's*, del comandante Charles H. Davis. Cuatro días más tarde hizo su arribo el navío de Su Majestad Británica *Esk*, al mando de Sir Robert McClure, quien el 11 de Febrero remitió una orden al capitán Fayssoux exigiéndole que subiera a bordo del barco inglés para que explicara quién le había autorizado a enarbolar la bandera de Nicaragua.

El valeroso Fayssoux rehusó subir a bordo del *Esk*, respondiendo que su gobierno le autorizaba a enarbolar su bandera. La actitud desafiante de Fayssoux enfureció al comandante británico, quien amenazó con hacer volar al *Granada* a menos que su capitán accediera a sus demandas. Eso a su vez enardeció la sangre del comandante del *Granada*, resuelto a no abandonar su embarcación.

Viendo que sus amenazas no surtían efecto y deseando evitar un combate, el comandante McClure le envió al capitán Fayssoux como emisario a un teniente portador de una nota amistosa mediante la cual lo invitaba a subir a bordo del *Esk*. Fayssoux condescendió noblemente a la propuesta, y tras haber regresado al *Granada* recibió a su vez la visita del comandante británico en calidad de huésped. Poco después tuvo a bordo al capitán

* Era de madrugada, el 4 de Febrero; y los clarines de seguro guardaron silencio para no alertar a los Aliados sobre la maniobra, ya que el ataque "los tomó enteramente por sorpresa".⁴



HENNINGSSEN

"Señor . . . Su orden ha sido cumplida: Granada ha dejado de existir" (p. 241).



LA PARROQUIA: "... procedió a colocar varios quintales de pólvora bajo una de las torres de la iglesia (...). Se produjo un fognazo (...) mientras la pesada torre volaba en pedazos por los aires" (p. 162).



TEMPLO DE GUADALUPE

INFIERNOS EN GRANADA: 1856 Y RIVAS: 1857

"A eso de medianoche el viejo cañón de bronce 'Barcelona', de 24 libras, que vigilaba el muelle, vomitó la orden de fuego; en pocos momentos la antes altiva ciudad ardía bajo las llamas y era víctima del pillaje y de la rapiña" (p. 242).

"... la plaza estaba amontonada de mugeres y niños, unos pidiendo protección a Dios, otros echando maldiciones sobre sus despojadores, y otros apareciendo como monumentos silenciosos y mudos de desesperada desconfianza" (p. 245).

INFORME DE HENNINGSSEN: "... al encerrarnos en Guadalupe, encontramos 20 cadáveres de zapadores y de la compañía de Green, sin enterrar; uno carbonizado y con las manos atadas (...) cerca de 60 cadáveres en putrefacción a nuestro alrededor producían un hedor extremadamente ofensivo". ("Picayune", 17-1-57).



HOSPITAL DE GRANADA

"Allí [en el hospital de Granada] yacen a cada lado de los vastos aposentos, sobre catres o en colchones puestos en el suelo. Un opresivo malolor de heridas fétidas, o de cuerpos en descomposición por las fiebres malignas, flota en el aire caliente. Los pobres sujetos le miran a uno al pasar con ojos pesarosos, o faltos de brillo. Tienen puestas sus viejas y sucias ropas de lana. Los cuerpos sin lavar; la secreción de las heridas ha criado gusanos en algunos de los camastros y el hedor es insostenible. Sus caras macilentas están llenas de mugre. (...) Todo esto yo lo ví y fuí parte"... (HARPER'S WEEKLY, 14-III-57).

"Ese asqueroso esqueleto viviente que yace allí, con la carne mugrienta apenas necesaria para taponarle los huesos, fue herido hace muchos meses en Massaya. (...) Más de un centenar de sombras humanas exhalan sus últimos suspiros, retorciéndose entre dolorosísimas agonías. (...) Otros yacen desnudos (...) cagados por las moscas que negrean sobre ellos (...). ¡Tres veces bendito es el pobre infeliz que encuentra alivio en la muerte! (...) Así 'era' el hospital de Rivas" (p. 249).

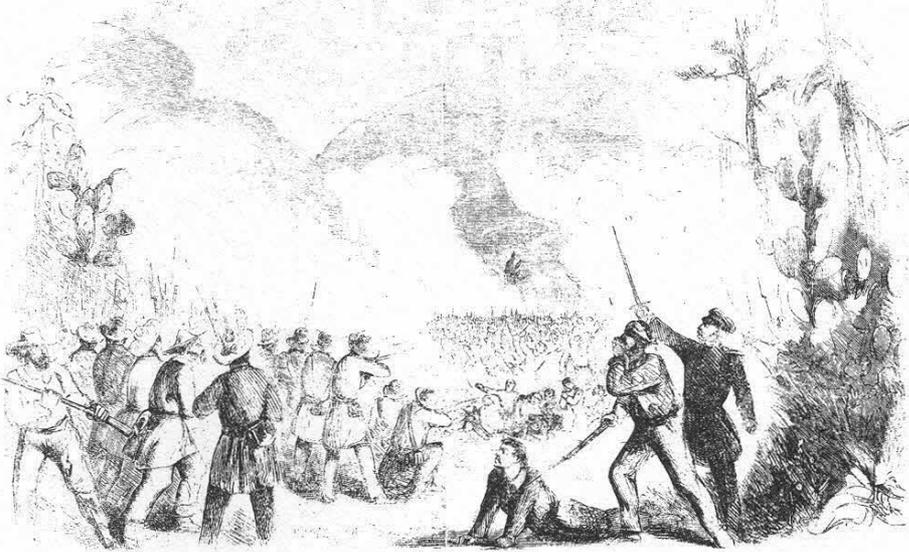


DESEMBARCANDO HERIDOS

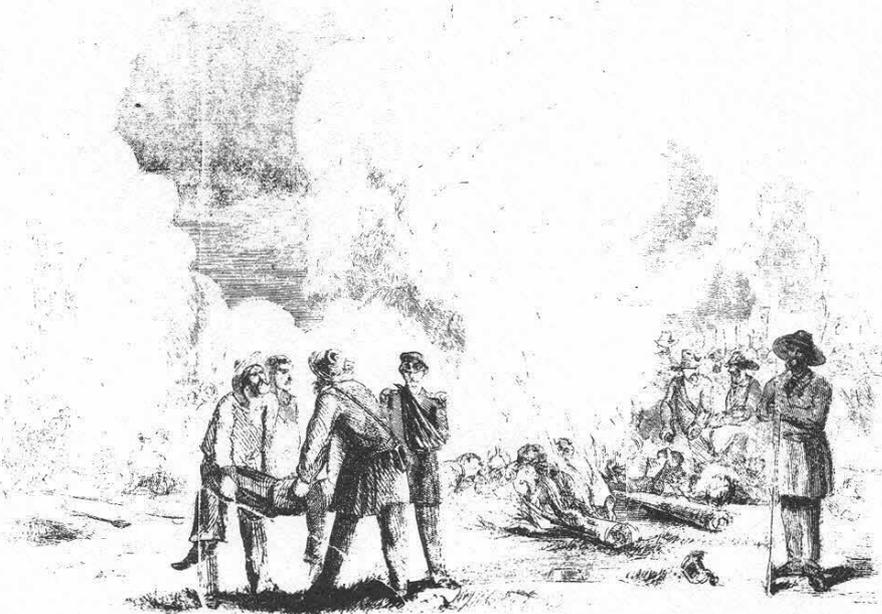
"El descenso desde la cubierta del vapor hasta el fondo del lanchón puede haber sido de ocho pies. El sufrimiento de los heridos y moribundos al ser trasladados (...) era verdaderamente terrible (...). Algunos gritaban de agonía, pero la mayoría se comportaba con entereza masculina". (HARPER'S..., 28-III-57).

El 16 de Marzo de 1857, Walker atacó San Jorge en fuerza, con artillería, siendo rechazado; Jerez salió a cortar la retirada y se libró otra sangrienta batalla en Las Cuatro Esquinas al replegarse los filibusteros a su base en Rivas.

COMBATE

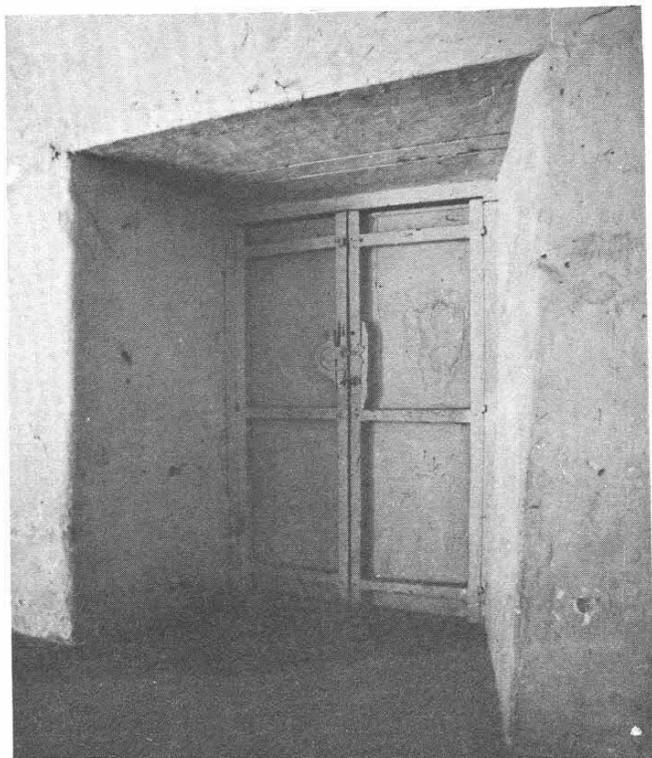
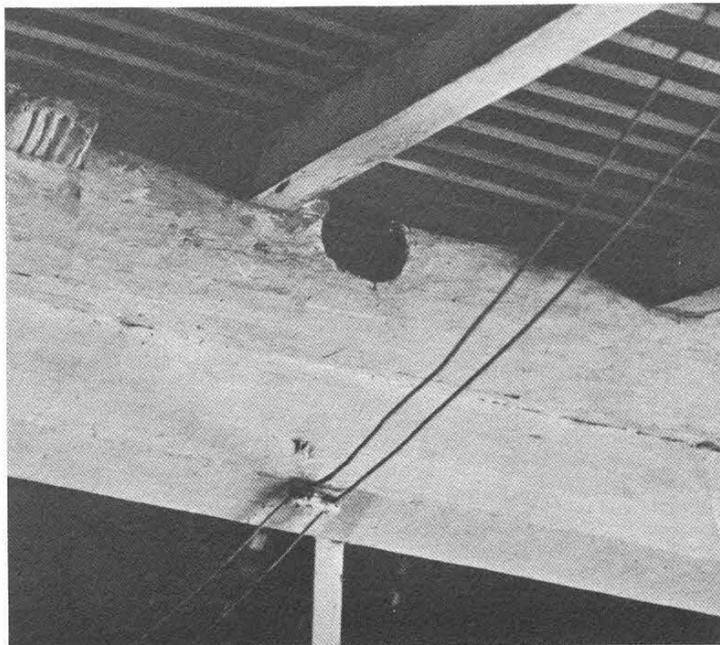


CREMACION



Los filibusteros incineran cadáveres después de la batalla.

La bala de cañón encontrada en Rivas, pesa 13 libras y su diámetro de casi 11 centímetros es apenas inferior al del agujero de la viga.



"Los Aliados consiguieron otro cañón de 24 libras y lo emplazaron contra Rivas (...), pero la venerable reliquia fue incapaz de botar una sola pared (...). Esos cañones disparaban día y noche..." (p. 180).

Según el plano del corresponsal del "New-York Daily Times" en Rivas, en Marzo de 1857 el cuartel de artillería y el arsenal de Walker ocupaban la manzana contigua al oriente de la iglesia de San Francisco, la actual casa del Colegio de Señoritas "Engracia Chávez M.". Una placa en la pared indica que el Dr. y Gral. Máximo Jerez estableció en ella, por primera vez en Nicaragua, en 1870, la enseñanza secundaria, y que allí se velaron sus restos. En dicha casa, una solera (arriba, derecha) muestra el orificio que dejara un cañonazo durante el sitio de Rivas; sus paredes de adobe (abajo) miden un metro de espesor.

Davis del *St. Mary's*. Varios días más tarde el *Esk* abandonó el puerto, quedando en la bahía el *St. Mary's*.

Hacia finales de Febrero los Batidores del coronel Waters incursionaron por los alrededores de Rivas en busca de forraje y alimentos pues los americanos estaban escasos de provisiones. Los Batidores a diario libraban escaramuzas con el enemigo, las que a veces eran verdaderas batallas campales, combatiéndose en una ocasión furiosamente durante una hora a menos de una milla de la ciudad de Rivas.

El 5 de Febrero, un poderoso contingente enemigo cayó de sorpresa sobre el mayor Caycee, quien iba al frente de 160 hombres, cerca de la Casa del Medio Camino en la Ruta del Tránsito.* Caycee se vio en grave aprieto pareciendo imposible que lograra escapar, pero reorganizó rápidamente su tropa y contrató con tal vigor que logró salir del apuro sufriendo únicamente la pérdida de cuatro muertos y dos heridos, y se replegó a San Juan del Sur sin que el enemigo intentara perseguirlo.

La noche posterior a la derrota del destacamento del general Sanders, a eso de las diez, gran número de soldados enemigos al amparo de la oscuridad se infiltró entre los plataneros hasta los propios muros de Rivas, y ya se encontraban cerca de la plaza cuando fueron descubiertos.** Un desertor al servicio del enemigo gritó a los americanos que no dispararan porque se trataba de batidores de regreso a la ciudad, pero el ojo avizor del coronel Swingle detectó el engaño, bañándolos con andanadas de metralla seguidas por descargas de fusilería. El enemigo se dio a la fuga dejando más de un centenar de muertos junto a los muros de Rivas.*** Sus clarines continuaron llamando a la carga durante más de dos horas sin que nadie obedeciera el llamamiento.

El mayor Caycee logró abrirse paso de San Juan del Sur a Rivas e ingresó a la ciudad en la tarde del 7 de Febrero, acompañando al capitán Stewart y 70 refuerzos recién llegados de California.**** Estos, junto con otros, se organizaron en una unidad denominada *Guardia de la Estrella*

* Fue el 5 de Marzo; y Caycee comandaba 40 hombres.⁵

**La derrota sufrida por el general Sanders a manos del general nicaragüense Fernando Chamorro ese mismo 5 de Marzo, pasó a la Historia con el nombre de El Jocote, finca en que se libró, "en el llano del Coyol, en las alturas vecinas y en el valle de la Cruz",⁶ cerca del camino del Tránsito.

***El centenar de muertos parece agregado por Jamison; Walker sólo dice: "unas cuantas salvas de metralla dirigidas a los plataneros pronto dispersaron a las tropas aliadas apostadas allí".⁷

****Sucedió el 7 de Marzo (Jamison retrasa la fecha un mes).⁸ El capitán William Frank Stewart publicó sus memorias del sitio de Rivas ese mismo año en Estados Unidos, al regresar. Sus impresiones al llegar a Rivas ese 7 de Marzo se presentan en el Anexo N° 17.

Roja bajo el mando del mayor Stephen S. Tucker, antiguo oficial del ejército de los Estados Unidos y viejo conocedor de lo que significa la palabra disciplina y de la forma de imponerla.

Sobrevino una relativa calma en las hostilidades hasta que a las dos de la madrugada del 16 de Febrero* el general Henningsen con 400 hombres, un obús de doce libras, otro de seis y cuatro pequeños morteros, atacó vigorosamente San Jorge. Aunque se sabía que los Aliados habían recibido un refuerzo de 500 hombres procedentes de Tortugas, con los cuales sus ejércitos sumaban 2,500 soldados, hubo un momento en que casi la mitad de la población y gran parte de sus barricadas estuvieron en poder de los americanos. Entonces se descubrió que el enemigo concentraba grandes fuerzas a nuestra retaguardia, para cortarnos la retirada a Rivas.

Ante ese peligro, el general Walker ordenó el repliegue de todas sus tropas de San Jorge, lanzándolas contra el adversario para abrirse paso hacia Rivas a costa de cualquier sacrificio. El general Walker asumió el mando y a una milla de San Jorge encontró al enemigo apostado en una cuesta del camino, aguardando confiado. Los Batidores de Waters ya habían entrado en acción, pero su caballería era demasiado débil para desalojar al adversario de una posición tan sólida.

Tomando la compañía más cercana, que resultó ser la del capitán Clark, el general Walker dio un rodeo hacia la derecha y cayó de pronto sobre el flanco izquierdo contrario, empujándolo a la cima de la loma y de allí al otro lado del camino, mientras las tropas de Henningsen se abalanzaban sobre la vía. El enemigo se desbandó como un rebaño de ovejas asustadas, dejando en nuestras manos a sus muertos y heridos.

Los americanos regresaron a Rivas sin encontrar más obstáculos, excepto en las Cuatro Esquinas, a media milla de la ciudad, donde otro fuerte contingente enemigo se apostó para atacarlos. Dichas tropas se lanzaron sobre Rivas cuando Henningsen y Walker atacaban San Jorge, esperando apoderarse fácilmente de la ciudad de Rivas con su guarnición debilitada por el ataque a San Jorge. Al fracasar en su intento, esperaban unirse a las tropas que Walker encontró a su regreso de San Jorge, para juntas aniquilarlo. El coronel Swingle salvó a Rivas en una refida batalla que duró una hora, y el repentino ataque de Walker y Henningsen desmoralizó y puso en fuga a las tropas aliadas apostadas en la cuesta del camino, desbaratándoles todo el plan. Bastó, pues, la primera descarga para que los de las Cuatro Esquinas salieran huyendo.**

* Marzo.

**El capitán Stewart y su compañía de *La Guardia de la Estrella Roja* desempeñaron un papel de importancia en la batalla; según confiesa él mismo, todos

En los combates del 16 de Marzo los americanos tuvieron 13 muertos, entre ellos el gallardo coronel Lewis, y 63 heridos. De acuerdo a informes de los prisioneros capturados, las bajas enemigas ascendieron a 500 entre muertos y heridos.

No obstante sus derrotas, al enemigo no le faltaba resolución y al día siguiente se presentó en mayor número, con un antiquísimo cañón de 24 libras, de los que dejaron los españoles en Granada cuando abandonaron Nicaragua hacia medio siglo. Colocaron el cañón en las Cuatro Esquinas apuntando hacia Rivas, pero sus disparos hicieron poco daño. Esas demostraciones constituían el prelude de una ofensiva general contra Rivas.

Si el lector se siente abrumado por esta narración de los combates que ocurrían día tras día, y aún casi de hora en hora, debe dispensarse al escritor el tener que hacerla enumerando sus detalles, ya que ellos resultan indispensables para poder explicar claramente la terrible tensión, física y mental, a que estaban sometidos los americanos. Las diferencias que existían entre democráticos y legitimistas cuando el general Walker llegó a Nicaragua, habían desaparecido gradualmente, al punto de poderse afirmar que los americanos estaban solos. Muchos de sus antiguos partidarios ya no les brindaban apoyo activo; mientras tanto, la causa legitimista aumentaba su poder con el auxilio de nicaragienses que consideraban segura la derrota de los americanos y con la llegada de sus aliados costarricenses, quienes recelaban que las ambiciones del general Walker ponían en peligro la integridad de Centroamérica. No se puede decir que el general Walker fuera un gran diplomático ni gran estratega militar. León era el baluarte de los democráticos, y éstos odiaban a los legitimistas con todo el apasionamiento de la sangre latina. No obstante, el general Walker escogió a Granada, bastión de la legitimidad, para la capital, resintiendo a los leoneses a tal grado, que su entusiasmo y admiración por él se enfriaron apreciablemente.

Al romper el alba del 23 de Marzo, dos divisiones equipadas con baterías pequeñas atacaron furiosa y simultáneamente a Rivas por el norte y por el sur. El general Cañas comandaba las tropas del sector norte y el general Chamorro las que atacaron por el sur, pero ambos fueron rechazados con fuertes bajas. Cañas dejó sus muertos y heridos en el campo de batalla, después de abandonar la batería cuyo artillero italiano fue grave-

los esfuerzos por desalojar a los Aliados de las Cuatro Esquinas fracasaron y dicho punto ya no volvió a caer en manos de Walker.¹⁰ Stewart combatió en la encarnizada batalla de Buena Vista, en México, pero considera que ésa fue una mera escaramuza comparada con "la sangrienta acción de San Jorge y *Cuatro-es-cuines*".¹¹

mente herido. El mayor Tucker se enfrentó a Chamorro, quien arremetiendo con gran violencia logró posesionarse de su cuartel por un rato. Tucker contratacó, tomando prisioneros a toda la plana mayor de Chamorro. En ambos sectores se luchó a corta distancia, y aun cuando los americanos sufrieron atroces pérdidas, su excelente puntería les permitió desparramar desolación sobre las filas enemigas.

La carnicería que experimentaron los Aliados en la batalla del 23 de Marzo fue tan grande, que descontinuaron todo esfuerzo para apoderarse de Rivas por asalto. Pronto se hizo evidente que ponían cerco a la ciudad para tratar de rendir por hambre a los americanos. Ya no era posible incursionar en busca de provisiones lejos de Rivas, pues cada recodo del camino ocultaba una emboscada. Se enviaban pequeñas patrullas a recorrer los alrededores, en un radio de dos o tres millas. En una de esas excursiones perecieron el capitán E. H. Clark y toda su compañía. Para el 27 de Marzo los alimentos prácticamente se habían agotado en la proveeduría del ejército, por lo que se hizo necesario sacrificar primero a los bueyes del cuerpo de Intendencia, después a las mulas de carga y por último a los caballos de los Batidores, con lo cual se brindaba el insólito espectáculo de todo un ejército devorando su propio equipo de caballería. Con esa carne se logró subsistir hasta los primeros días de Abril.

La carne de mula no resultaba muy del agrado de los soldados, pero éstos no se quejaban. Las pobres mulas estaban en los huesos, y sus asados y bistecs eran puro pellejo, duros e insípidos. El consumo de carnes raras produjo una tragedia. El teniente Robert Payne, virginiano testarudo, atrapó un gato casero para su despensa. Se peleó por el gato con un capitán cuyo apellido se me escapa, fulminándolo de un balazo.

Los Aliados consiguieron otro cañón de 24 libras y lo emplazaron contra Rivas más o menos el 10 de Abril, pero la venerable reliquia fue incapaz de botar una sola pared. No obstante, una bala de esos cañones logró alcanzar al capitán Mann y al teniente Moore, matando a dos de los mejores oficiales de Walker, y otra desgarró un brazo al teniente Graves. Esos cañones disparaban día y noche a intervalos regulares.

El enemigo recurrió a tácticas solapadas, enviando dentro de la ciudad ofertas de protección y asilo para quienes desertaran y se cruzaran a sus líneas. Para honra de los americanos, que resistían prácticamente solos en ese país extranjero, se debe consignar que muy pocos cometieron la infamia de rebajarse a aceptar la invitación.* Pasaremos en silencio ante los nombres de quienes lo hicieron.

* Walker admite que las desercciones se produjeron en grupos de diez y doce a la

Los largos días y noches de los sitiados en Rivas se veían interrumpidos por incesantes alarmas. La muerte implacable diezmaba sus filas, y la escasez de alimentos más la abundancia de enfermedades consumían poco a poco las fuerzas de la Falange Americana.* Fuera del reducto, al caer el crepúsculo, millares de ojos comenzaban a escudriñar la noche buscando un punto desguarnecido por el cual poder lanzarse para arrollar de una vez por todas a los odiados extranjeros, quienes sabían demasiado bien que el futuro sólo les brindaría sufrimientos y muerte. A pesar de la triste situación de los americanos, hubo nicaragüenses nativos adinerados y de buena posición social que les permanecieron fieles. Eran personas que habían vivido por largos años las incesantes revoluciones en que la sangre y los recursos del país se consumieron tan infructuosamente como los de un agricultor que cultive en las laderas de un volcán en erupción, y consideraban que la presencia y la influencia del elemento extranjero eran necesarias para estabilizar a la sociedad y a los asuntos de Nicaragua.

El 11 de Abril, el estruendo de la fusilería se desató simultáneamente en cuatro puntos alrededor de Rivas y la aparición inmediata de centenares de enemigos, enardecidos con aguardiente para no perder el valor y que sus hazañas fuesen más desafiantes y atrevidas, hizo acudir a las trincheras al pequeño ejército de americanos. Los cuatro asaltos simultáneos fueron rechazados por los capitanes Williamson, McEachin y McMichael, mientras una pequeña batería dirigida personalmente por el general Henningsen, cañoneaba al enemigo. La mortandad en las filas enemigas fue asombrosa, cayendo prisioneros todos los integrantes de dos compañías completas, a pesar de lo cual ese mismo día en dos ocasiones volvieron a la carga. Los Aliados recibieron un castigo tan fuerte que no hicieron el menor esfuerzo por retirar a sus muertos y heridos moribundos. Según se dijo, las pérdidas aliadas en los combates de ese día oscilaron entre 700

vez.¹² Terminada la guerra, 260 desertores llegaron a Nueva York en el *Tennessee* el 18 de Agosto de 1857.

"DECLARACION DE UNO DE LOS DESERTORES — Mr. William Sterling, de Ohio, dice que debido a los malos tratos de los oficiales y a la total indiferencia manifestada por el general Walker hacia las necesidades de sus hombres, las deserciones incrementaron mucho a finales de Marzo y principios de Abril. Para esas fechas, el ejército de Walker se encontraba completamente cercado en Rivas por los costarricenses. La mayoría de las escaramuzas entre soldados de Walker y costarricenses se libraban en los plataneros aledaños a Rivas. Algunos de los hombres de Walker, llevados por el hambre casi a la desesperación, arriesgaban con frecuencia sus vidas internándose en los chagüites a la búsqueda de plátanos para alimentarse; muchos de cuantos solicitaban y obtenían permiso para ese fin, aprovechaban la oportunidad para desertar, cruzándose al campo costarricense".¹³

* El hospital de sangre de Rivas, descrito por Stewart en sus memorias, sobrecoje; véase en el Anexo N° 17.

y 800 hombres; los americanos sepultaron en una gran fosa común más de cien cadáveres enemigos, con bandera de tregua devolvieron 150 heridos, capturaron cerca de un centenar de prisioneros y además se apoderaron de suficientes armas para equipar 250 soldados. La Falange también sintió en carne propia la furia del combate. Tales victorias la desangraban y no había nuevos reclutas ni voluntarios que reemplazaran a los caídos.

El 23 de Abril por la tarde se vio aparecer con procedencia del campo enemigo una bandera blanca. Su portador anunció que el teniente Huston, de la corbeta norteamericana *St. Mary's*, se encontraba en el cuartel general de los Aliados, listo a evacuar de Rivas bajo la protección de la bandera de los Estados Unidos a las mujeres y niños, a fin de conducirlos a San Juan del Sur, en donde estarían a salvo al momento en que la sangre de los últimos americanos corriera tñiendo de rojo las calles de Rivas y la ciudad fuera pasto de las llamas. Era ésta una sugerencia un tanto sombría, que los americanos escucharon impávidos.

El portador entregó, asimismo, una carta dirigida por el general Mora al general Walker, en la cual proponía que dos oficiales de los respectivos estados mayores se encontrasen en un punto conveniente para escoltar al teniente Huston a Rivas. Se escogió a los mayores Hooff y Brady, quienes pronto estuvieron en el lugar designado. Un desertor trató de entablarles plática por lo que inmediatamente el mayor Hooff sacó sus pistolas previniendo al canalla que lo tiraría si no se retiraba al instante. El mayor Hooff se indignó tanto por ese insulto, consentido por los ayudantes del general Mora, que optó por regresar a Rivas sin esperar al teniente Huston, quien llegó poco después escoltado por sus propios marinos.

El teniente Huston pasó la noche en Rivas y salió al día siguiente hacia San Juan del Sur con las mujeres y niños. Alrededor de esa fecha, los capitanes Bell, Titus, Johnson y Bostwick se fueron de Rivas, abandonando a sus compañeros americanos bajo circunstancias nada halagadoras para su honor militar. Cabe señalar que el capitán Titus no era miembro del ejército.

Mientras en Rivas la situación se tornaba más crítica cada hora, en San Juan del Sur el capitán Fayssoux estaba siendo objeto de tentativas de soborno a fin de que entregara la goleta *Granada*. Para vergüenza del capitán Davis, del *St. Mary's*, un cúmulo de circunstancias inducían fuertemente a creer que él no era ajeno a esas propuestas de soborno. A petición especial suya, el capitán Fayssoux subió a bordo del *St. Mary's* para entrevistarse con el coronel García, representante del general costarricense.

García hizo la propuesta a Fayssoux, pero éste indignado la rechazó con desprecio, dando la espalda al sobornador. Viendo incorruptible a Fayssoux, pagaron \$5,000 a otro individuo para que traicionara entregando la *Granada* al enemigo, pero el plan les falló.

El interés del capitán Davis en favorecer a los Aliados se manifestó en otras formas. El coronel Estrada, Comandante de San Juan del Sur, y el capitán Fayssoux, concertaron una tregua por la cual ambos suspenderían hostilidades durante cierto tiempo. A pesar de que el capitán Fayssoux observó honrosamente su parte del convenio, el enemigo continuó erigiendo barricadas en la población, violando con ello la tregua. Aunque el capitán Davis era quien la había sugerido, obligó al capitán Fayssoux a cumplir rigurosamente su parte mientras consentía que el coronel Estrada siguiera construyendo fortificaciones. En general, era evidente que los oficiales navales ingleses y norteamericanos actuaban de común acuerdo, con el convenio secreto de que los americanos al servicio de Nicaragua debían expulsarse del país a como diera lugar. Si quedare alguna duda sobre esos propósitos, la secuela de la rendición final en Rivas y la entrega del *Granada* aclaran sin lugar a duda o controversia ese punto.

Casi nada queda ya por contar sobre las emocionantes escenas y el dramático final del sitio de Rivas, que comenzó el 27 de Enero de 1857 y concluyó el 1 de Mayo de ese mismo año con la capitulación del general Walker y su ejército ante el capitán Davis de la corbeta norteamericana *St. Mary's*. Durante los tres meses y cuatro días de ese terrible asedio, un ejército de 4,000 hombres, que en ocasiones llegó a los 7,000, se enfrentó a un ejército de americanos nunca mayor de 919 hombres, y finalmente reducido a menos de 200 soldados aptos para empuñar las armas. En los anales de la guerra moderna no se registra defensa más insigne que la realizada por los americanos ante sus adversarios.

El 30 de Abril el capitán Davis, desde el cuartel general Aliado de las Cuatro Esquinas, se comunicó por carta con el general Walker, después de lo cual el general Henningsen y el mayor Brady se entrevistaron con el capitán Davis para convenir los términos de la rendición. A las cinco de la tarde del día 1 de Mayo de 1857, el capitán Davis y el general Zavala entraron a Rivas dirigiéndose al cuartel general de Walker. La tropa formó filas en la plaza, donde se leyeron las estipulaciones de la rendición y acto seguido se entregó la guarnición al capitán Davis, que consistía en 102 prisioneros de guerra, 173 enfermos y heridos hospitalizados, 164 oficiales, clases y soldados rasos, 86 empleados de diversas dependencias y 40 soldados nativos.

Las cláusulas de rendición originalmente redactadas por el capitán Davis y remitidas al general Walker, no especificaban nada acerca de las tropas nativas que defendían la causa de los americanos.* El general Walker las rechazó, redactando las siguientes:

“Rivas, 1 de Mayo de 1857.

“Por medio del presente documento se celebra un convenio entre el general William Walker, por una parte, y el comandante H. Davis de la Marina de los Estados Unidos, por la otra, cuyas estipulaciones son las siguientes:

“Primero: El general William Walker y dieciséis oficiales de su Estado Mayor saldrán de Rivas con sus armas al cinto, pistolas, cabalgaduras y efectos personales, bajo la garantía de dicho capitán Davis de la Marina de los Estados Unidos, de que no serán molestados por el enemigo y se les permitirá embarcarse a bordo del barco de guerra norteamericano *St. Mary's* en el puerto de San Juan del Sur, comprometiéndose dicho capitán Davis a transportarlos a salvo en el *St. Mary's* hasta Panamá.

“Segundo: Los oficiales del ejército del general Walker saldrán de Rivas con sus armas al cinto, bajo la garantía y protección del capitán Davis, quien se compromete a vigilar que sean transportados a salvo hasta Panamá, a cargo de un oficial de los Estados Unidos.

“Tercero: Todos los clases y soldados rasos, los civiles y empleados de diversas dependencias, heridos o sanos, se entregarán con sus armas al capitán Davis o a uno de sus oficiales, poniéndose bajo su protección y control. El capitán Davis se compromete a hacer que los transporten a salvo hasta Panamá, a cargo de un oficial de los Estados Unidos, en embarcaciones diferentes a las utilizadas por los desertores y sin entrar en contacto con ellos.

“Cuarto: El capitán Davis se compromete a obtener garantías, y por este medio garantiza, que a todos los naturales de Nicaragua o de Centroamérica actualmente en Rivas que se rindan a la protección del capitán Davis, se les permitirá residir en Nicaragua y se protegerán sus bienes y sus vidas.

“Quinto: Queda convenido, que a los oficiales que tengan sus esposas y familias en San Juan del Sur, se les permitirá permanecer allí bajo la protección del cónsul de los Estados Unidos, mientras se les presenta la oportunidad de embarcarse para San Francisco o Panamá.

* En el primer mensaje de Davis a Walker proponiéndole rendición, fechado en el Cuartel General del Ejército Aliado en Rivas el 30 de Abril de 1857, Davis ofrece garantías para las vidas de todos los que militan bajo Walker, “sin excepción de rango ni nación”.¹⁴

“El general Walker y el capitán Davis se comprometen mutuamente a que este convenio se cumpla de buena fe”.

El general Walker y el capitán Davis firmaron el convenio, sirviendo como testigos sus oficiales, y al caer la tarde del 1 de Mayo de 1857, lo que quedaba del pequeño ejército desfiló en la plaza, rindiéndose formalmente al capitán Davis de conformidad con lo estipulado y en presencia de los generales y otros oficiales Aliados.

Es digno de mencionarse el hecho de que el general Walker rehusó considerar toda propuesta de rendición hasta que el capitán Davis le comunicó que no permitiría que la goleta *Granada* abandonara el puerto de San Juan del Sur. Walker había decidido que en último caso intentaría escapar hacia el Pacífico para embarcarse en la *Granada*, abriéndose paso a través del cerco enemigo.

Al cerrársele la última vía de escape, Walker mostró su indomable coraje y sentido de justicia, rehusando todo convenio que no incluyera protección para los nativos y no evitara el contacto de sus fieles y honorables soldados con los desertores y cobardes. El capitán Davis no pudo negarse a aceptar los términos de ese ultimátum.

Debe observarse, que en el convenio de rendición no se menciona a los Aliados por su nombre, sino solamente al *enemigo*. Resultaría innecesario destacarlo si no fuera por la conducta singular demostrada por el capitán Davis uno o dos días después. Al regresar a San Juan del Sur, el capitán Davis ordenó al capitán Fayssoux arriar su bandera y entregar el *Granada*. El capitán Fayssoux se negó a cumplir la orden, por lo que la *St. Mary's* se alineó de costado, dispuesta a disparar sus cañones sobre la *Granada*, cuyo comandante se vio obligado a ceder para evitar que el navío y su gallarda tripulación volaran por los aires. El 4 de Mayo tuvo lugar la rendición y la goleta fue entregada al comandante costarricense por el capitán Davis. Este acto del capitán, unido a su conducta anterior, me confirmó, y mi opinión no ha cambiado con el tiempo, de que era únicamente la culminación de un convenio entre los oficiales navales ingleses, los Aliados y el capitán Davis, para expulsar de Nicaragua al general Walker y a los americanos.*

Narré, lo más conciso que pude, desde el ingreso del general Walker

* El capitán Davis refirió con todo detalle su intervención en los sucesos, en informes rendidos a su superior el comodoro William Mervine, jefe de la flota norteamericana en el Pacífico, acompañando cada informe con una copia de los documentos respectivos. Lo pertinente a la rendición de Walker se encuentra en el informe del 13 de Mayo de 1857, del que se copian algunos párrafos en el Anexo N° 18, incluyendo una carta del general José Joaquín Mora al capitán Carlos Enrique Davis.

y sus hombres a Nicaragua, hasta su derrota en la que históricamente fue su primera expedición a esa agitada y desdichada tierra. Estoy consciente de muchas imperfecciones en mi relato; el medio siglo transcurrido, los escasos datos disponibles y el desvanecimiento gradual de los recuerdos de mi juventud, representan obstáculos difíciles de superar. No figuran en estas reminiscencias los nombres de veintenas de valientes, ni me esfuerzo por narrar sus actos de heroísmo, por la sencilla y deplorable razón de que no me atrevo a confiar en mi memoria para otorgarle a cada uno lo que en justicia se merece.

No quiero dejar la impresión de que yo he considerado al general Walker como un hombre de sabiduría infalible en todas las cosas. Al igual que todos nosotros, era solamente un ser humano, sujeto a errores de criterio como cualquier otro hombre, y esos errores se pusieron de manifiesto con frecuencia, tanto en su capacidad de Comandante en Jefe del Ejército como en la de Presidente de la República de Nicaragua. Su sereno e indomable coraje; su desdén por el peligro; sus elevadas dotes morales e intelectuales, y un supremo aborrecimiento de todo lo bajo y mezquino, son rasgos de su persona que le granjearon el respeto y la admiración de corazones honestos y sinceros, aunque al mismo tiempo le negaran aprobación a sus propósitos.



FUENTES

- ¹ Walker, *The War in Nicaragua*, p. 392.
- ² *Ibid.*, p. 374.
- ³ *Ibid.*, p. 377.
- ⁴ *Ibid.*, p. 381.
- ⁵ *Ibid.*, p. 389.
- ⁶ *Boletín Oficial*, San José, 14 de Marzo de 1857, pp. 1-2.
- ⁷ Walker, *op. cit.*, p. 390.
- ⁸ *Ibid.*, p. 391.
- ⁹ *Ibid.*, p. 393.
- ¹⁰ Wm. Frank Stewart, *Last of the Filibusters; or, Recollections of the*

Siege of Rivas, Sacramento: Henry Shipley and Company, 1857, p. 20.

- ¹¹ *Ibid.*, p. 22.
- ¹² Walker, *op. cit.*, p. 405.
- ¹³ *New-York Tribune*, 19 de Agosto de 1857, p. 5, c. 5.
- ¹⁴ United States National Archives, Letters Received by the Secretary of the Navy from Commanding Officers of Squadrons, Pacific Squadron, Commodore William Mervine, Microfilm M-89, Roll 38, Documento N° 86.